

*JUAN MANUEL ALBENDEA:
UN AMIGO PROVIDENCIAL
EN LA FUNDACIÓN DE ESTUDIOS TAURINOS*



Por los años setenta del pasado siglo, a una serie de profesores, investigadores y estudiosos universitarios nos unía una pasión por la tauromaquia que no se agotaba asistiendo, como simples aficionados, a las corridas en nuestro entorno geográfico, a su consecuente tertulia posterior y a la lectura de la crítica taurina en la prensa del día siguiente. Habitaba en nosotros algo más, y decidimos que ese interés debería concretarse en experimentar algún tipo de conexión mayor con la fiesta. Tanto para activar nuestro interés por la tauromaquia de una forma más creadora, como para incidir en la historia, conocimiento y valoración del espectáculo, del que ya sospechábamos, por aquella época, que podía estar cada vez más expuesto a cambios y no precisamente para bien. Cambios debidos tanto a su propio funcionamiento y evolución interna como a causa de las presiones negativas que cada vez más, desde el exterior, arreciaban sobre la fiesta. Habíamos intuido, pues, que nuestro esfuerzo intelectual, bien orientado, podía realizar una labor complementaria que, además, de satisfacer nuestra pasión, resultaba cada vez más necesaria.

Las corridas de toros contaban con el apoyo de aficionados, tertulias, agrupaciones y peñas, alimentadas por esa importante correa de transmisión encarnada por las páginas taurinas de la prensa general. A lo que debía añadirse el papel primordial desempeñado por la prensa especializada. Pero quedaban otros campos que llenar. La historia de la tauromaquia, las visiones sociológicas de las corridas, su incidencia en la literatura, en el cine y en arte, y múltiples aspectos más, que ya se habían estudiado en numerosas ocasiones, y con trabajos muy logrados –como atestiguan las bibliografías específicas y las bibliotecas especializadas existentes–, pero casi siempre se habían tratado de labores realizadas de forma individual. Gracias al esfuerzo casi siempre de un solo nombre que, como iniciativa aislada, había conseguido publicar un libro o realizar un seminario. Una labor importantísima pero que había dependido del ánimo y entrega de una sola persona.

Por tanto, aquel grupo inicial (que en principio, estuvo compuesto por poco más de media docena de personas) pretendía integrar esos esfuerzos dispersos y crear una plataforma habilitada para potenciar nuestro interés y nuestro trabajo, mediante un canal de producción que fuese válido para nuestras actividades, pero también para que estimulase y canalizara la labor de otros estudiosos. Plataforma tanto más necesaria cuanto que no existía nada similar en el amplio mundo de la tauromaquia. Y Sevilla, por diversos motivos, reunía condiciones y contaba con apoyos para que tal función pudiese salir adelante.

Ya sabíamos, por algunas conversaciones y cambios de impresiones, que Luis Manuel Halcón de la Lastra, Teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, en aquellos años, tenía la mejor disposición con respecto a este proyecto, pero necesitábamos esa persona que resultase clave para ampliar nuestras conexiones con las restantes instituciones que también pudieran mostrarse receptivas a la labor que proponíamos. Y en este aspecto y en este momento crucial para nues-

tro ánimo, entra en nuestras vidas –dicho así, de forma rotunda– Juan Manuel Albendea Pabón. Porque lo que, en principio, cabía suponer que iban a tratarse de unas conversaciones más o menos protocolarias y de tanteo, dieron paso casi de inmediato a una identificación total con la propuesta. Es decir, la persona que habíamos buscado, en el otro lado, por su capacidad para hacer de intermediario y abrir ciertas puertas, se convirtió en nuestro más entusiasta partícipe, desde dentro, y, al cabo de poco tiempo, en estimulante e íntimo amigo.

Habíamos recurrido a Juan Manuel Albendea porque conocíamos que su afición no se circunscribía a la del simple espectador pasivo, su entrega iba mucho más allá y bastaba leer sus crónicas en la prensa y sus palabras en cualquier ocasión propicia, para percibir que se sentiría encantado de formar parte de una plataforma como la que queríamos crear. Pero, además, acudimos a él, porque los cargos que ejercía y representaba eran básicos para abrirnos a la sociedad sevillana que buscábamos. Como Presidente del Consejo Económico y Social de la Universidad de Sevilla era nuestro puente indispensable para quienes queríamos basar nuestra tarea en una investigación seria, rigurosa y tutelada por el mundo académico al que pertenecíamos casi todos. Los otros cargos de Juan Manuel en el mundo de la banca y finanzas facilitaron igualmente coberturas y ayudas indispensables en los momentos en que decidimos dar ese paso fundamental para nuestro funcionamiento hasta el día de hoy: crear la Fundación de Estudios Taurinos.

La acogida formal y abierta del Teniente Mayor de la Real Maestranza fue básica, pero Juan Manuel no tardó en mostrarse enseguida nuestro hombre providencial. En su apuesta personal por la causa de la Fundación a punto de crearse mostró tanto entusiasmo como eficacia. Pero, sobre todo, debe resaltarse, una vez y otra, la conversión del hombre público en amigo. En una amistad que tuvo como punto de partida la afición taurina, pero

que también fue adentrándose en otros órdenes de la vida, de manera que, pronto, casi sin percibirlo, la encantadora Mariquilla y sus hijas e hijos pasaron a formar parte de nuestro círculo más entrañable. Una vez más, la fiesta de toros había servido para imantar unas relaciones y llenarlas de vida gracias a una pasión generosamente compartida.

Crear una Fundación de Estudios Taurinos que respondiera a las expectativas de exigencia en el trabajo y difusión que nos habíamos propuesto, implicaba una labor previa llena de entresijos y cuestiones administrativas que debían solventarse. Las mediaciones de Juan Manuel, para la redacción de los estatutos, gracias a la colaboración de su amigo, el notario Rafael Leña Fernández, la elección del paraninfo de la Universidad de Sevilla, para nuestra primera salida pública, como gesto simbólico, fue facilitada gracias a que él ejercía como Presidente del Consejo Económico y Social de la misma, y por tanto, eran sumamente fluidas sus relaciones con el Rectorado, y así podríamos añadir sus otros muchos empeños para que contásemos con los avales que mejor podían patrocinar nuestros objetivos. No hubo por parte suya ni un solo gesto que mostrara que la carga que había asumido era excesiva. Al contrario, todos los objetivos gracias a su optimismo se hacían factibles.

Iniciamos, pues, nuestra andadura, constituidos ante notario el día 30 de enero de 1989, y tan pronto elegimos nuestro patronato, formado por Juan Manuel Albendea Pabón, Carlos Álvarez Santaló, Rafael Atienza Medina, Jaime Castiñeira Gómez, Jacobo Cortines Torres, Antonio García-Baquero González, Alberto González Troyano, Javier Medina Liniers y Pedro Romero de Solís, e hicimos nuestra presentación, con la lección inaugural pronunciada por nuestro miembro fundador Fernando Savater, nos dispusimos a trabajar, contando con el entusiasmo de nuestro amigo providencial. Pero en esos primeros pasos, el contar con una situación económica saneada resultaba indispensable. Y, de nuevo, ese camino se vio despejado

debido a las buenas relaciones e influencias de Juan Manuel Albendea. Pudimos, pues, despegar y planificar las necesarias labores que teníamos en nuestra mente porque también nos sentíamos seguros a la hora de abordar los gastos que se irían presentando.

El patronato decidió limitar, según acuerdo de su primera reunión institucional, cada mandato presidencial a un año, con el fin de evitar que una permanencia excesiva en los cargos disminuyera nuestra capacidad organizativa. Y tan pronto transcurrió el primer año, la presidencia fue asumida por Juan Manuel. Orientando, desde arriba, el funcionamiento de la Fundación con la misma capacidad que ya había mostrado al llevar a cabo los trámites anteriores. Ante cualquier decisión a tomar, su opinión era una referencia a la que había que prestar toda la atención. No sin que por ello, se eliminaran discusiones y debates que, dentro de nuestra habitual cordialidad democrática, incrementaba nuestra capacidad dialéctica y nuestras ideas relacionadas con el mundo de los toros y sus problemas. Para muchos de nosotros evocar aquellas reuniones es tanto como recordar algunos de los mejores momentos de nuestras vidas. Reuniones que casi siempre iban seguidas, al finalizar, con otro tipo de encuentros igualmente cordiales y necesarios, ante unas copas de merecidas manzanillas en algunas de las tabernas próximas a nuestra sede social, un local cedido generosamente por la Real Maestranza. Y así fuimos, como Fundación de Estudios Taurinos, creciendo y ampliando nuestras actividades. Y Juan Manuel, tan entusiasta siempre como el primer día, se mantuvo durante años y años, lleno de ideas y haciéndose presente en cada uno de nuestros pasos, hasta que ya el destino lo apartó desgraciadamente de la vida y de nuestra compañía.

Pero en este breve recordatorio de la grata convivencia mantenida siempre con Juan Manuel, convendría añadir otro gesto que muestra los ricos intercambios y préstamos complementarios de aficiones y dedicaciones que se dieron entre él y

los restantes componentes del Patronato. En principio, en un primer momento, nosotros acercamos a Juan Manuel a nuestro mundo de estudios e investigación, pero, pronto, él también quiso y supo arrastrarnos a lo que había sido una de sus tareas públicas más conocidas relativas a la fiesta de toros: la prensa. Casi ninguno nosotros habíamos cultivado el género del revistero taurino y el día a día de la crítica de la corrida. Él, sin embargo, que llevaba a cabo sus colaboraciones habituales en el periódico *El País*, nos empujó a compartir también esa labor periodística, que antes solo nos había interesado como lectores. Gracias a esta incitación personal suya, orientada a comentar la actualidad, hubo épocas, sobre todo durante la Feria de Sevilla, en las que páginas de prensa y tertulias radiofónicas se llenaron con las opiniones de muchos miembros de la Fundación que, hasta entonces, solo habían escrito para la historia taurina, hurgando en viejos libros, papeles y archivos.

Pero también Juan Manuel se contaminó de nuestro celo académico y pronto la investigación y el apoyarse para sus escritos en un análisis más reflexivo y documentado le tentó. Y decidió adentrarse también con otro tipo de enfoque, en el que la actualidad dejaba de ser su único objeto de opinión y crítica. Surgieron, pues, esa larga serie de trabajos suyos que han alimentado a lo largo de los años los órganos de nuestra Fundación y cuyo contenido se comenta, más adelante, en estas mismas páginas. Igual que se hace con su valiosa labor legislativa, como parlamentario, también analizada posteriormente.

Los miembros de la Fundación comprobamos nada más hablar con el él, el primer día, que Juan Manuel Albendea, en nuestro proyecto podía encontrar, como todo buen lidiador, su "sitio." Y esta disposición la confirmó, sin dimitir ni una sola vez, de su voluntad de trabajo y entusiasmo. Porque vivía la fiesta de toros con la misma entrega que exige una religión y su liturgia. Sin perder nunca la ilusión. Quizás por eso, puede decir-

se que ha sido el último aficionado romántico que ha tenido la fiesta y por eso, para todos nosotros y para la Fundación, fue el amigo entrañable y el hombre providencial.

Alberto González Troyano
Fue el primer presidente de la
Fundación de Estudios Taurinos